



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina, S. M. la Reina Doña Maria Cristina y S. S. A. A. R. R. los Serenos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 2.

ÉPOCA 2.^a

NÚM. 15.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs.—Seis meses 34 rs.—Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Plaza de San Jorge, imprenta de José Rius.

Se publica todos los domingos.

Valencia 13 Noviembre 1864.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs.—Seis meses
42 rs.—Un año 80 rs.—Estrangero y Ultra-
mar un año 120 rs.

SUMARIO.

A nuestros suscritores.—Crónica de teatros, por D. Dámaso Delgado Lopez.—El alcalde de Zalamea, por D. Teodoro Llorente.—El coliseo.—Corona regalada á la heroína de Gaeta.—Nathan: Historia hebrea, por D. José Velazquez y Sanchez.—Las ánimas, por D. Carlos Frontaura, (continuacion).—Conocimientos útiles: Introduccion, por D. Eduardo Atard.—Lágrimas de amor, (poesia) por D. José Huerta.—Partida de un ángel, (poesia) por D. A. Alcalde Valladares.—La hija del coronel Despard: Novela original, por D. Alejandro Buchaca y Freire, (continuacion).

Láminas. Interior del coliseo romano.—Corona regalada por las damas napolitanas á la heroína de Gaeta.

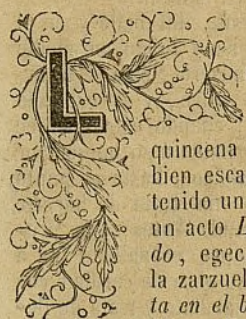
A NUESTROS SUSCRITORES.

Consternados con las desgracias que han tenido lugar en nuestra provincia con motivo de las recientes inundaciones, y uniéndonos á lo dispuesto por la Excm. Diputacion provincial, no hemos vacilado en dirigir á todos nuestros suscritores, la carta que incluimos en el presente número con el objeto de que con sus donativos se alivien en parte las innumerables pérdidas ocasionadas.

Estamos seguros que los suscritores

de el EL MUSEO no desoirán nuestro llamamiento, remitiendo los de fuera á la Administracion de este periódico por medio de libranzas las cantidades que cada uno destine para tan caritativo objeto, y los de la capital haciéndola efectiva en dicha Administracion.

CRÓNICA DE TEATROS.



Las novedades en general que tenemos que registrar en la pasada quincena han sido en Madrid bien escasas y malas, habiendo tenido un fatal éxito la pieza en un acto *Lo que falta á mi marido*, egecutada en Jovellanos, y la zarzuela en tres actos *Muerta en el bosque!* en el teatro del Circo. En cambio ha sido muy aplaudida la comedia en dos actos *Soberbia y humillacion*, original de D. Manuel Bejar, que se ha representado por la Sociedad *La nueva Infantil*.

El dia 3 tambien ha tenido efecto en el teatro de Jovellanos, y con asistencia de Sus Magestades, la funcion extraordinaria á bene-

ficio de los pobres de las parroquias de Santa Maria y San Nicolás, preparada por las señoras que componen las juntas de Beneficencia, y habiendo escogido las zarzuelas *Un concierto casero*, *En las astas del toro* y *Propósito de muger*.

Siguen con todo preparándose novedades en los diversos teatros de la Corte, y reforzándose la compañía del teatro Real, todavia cerrado, pues ya han llegado á Madrid el bajo Gassier, y un buen cuerpo de baile.

Valero ya sabemos hace las delicias del público de Málaga, y Delgado, restablecido de su indisposicion, ha sido muy aplaudido en Sevilla en el drama *Sancho Garcia*.

Nuestros dos teatros continúan atrayendo numerosa concurrencia.

En la Princesa las zarzuelas *El Juramento* y *Amor sin conocer*, esta última del inolvidable Olona, y Barbieri y Gaztambide, donde quien mas se ha distinguido es el barítono Campoamor, pues tantas veces como se ha egecutado ha tenido que repetir la cancion burlesca que canta graciosísimamente. Tambien se ha puesto en escena *El Sargento Federico*, admirablemente interpretado, desempeñando la protagonista la simpática Rodriguez.

En el Principal *El Relámpago*, cuyo héroe es Dalmau, por el delicado sentimiento con que ha sabido espresar su papel, y últimamente la repeticion de las óperas *Maria di Rohan*, *I due Foscari*, y principalmente la aparicion de *I Puritani*, que no sabemos en

verdad á quien enviar nuestros plácemes, á pesar del incidente de que el bajo Cornago no le ha sido posible, á pesar de su buena voluntad, cantar su parte por la tenaz ronquera que le persigue; sin embargo, diremos que Pavani está admirable en toda la partitura, y principalmente en el duo del primer acto, que espresa con una dulzura y sentimiento asombroso. Várvase como siempre inspirado y tierno, y la Passerini, por último, haciéndose aplaudir frenéticamente desde el principio hasta el fin de la ópera, y habiéndola llamado el público á la escena multitud de veces, para colmarla de bravos y palmadas. Lo habíamos pronosticado desde el primer momento que la oímos: su afinación y gusto, y la facilidad de su garganta para la emisión de las notas cortadas, no podía por menos de llegarse á conocer y apreciar del entendido público; y así ha sucedido en efecto en *I Puritani*, la ópera mas perfectamente cantada en la temporada.

El martes y miércoles último hemos oído á el Paganini de la bandurria Sr. Vailati y á su acompañante al piano el joven Arquibau que se han hecho aplaudir con justicia hasta hacerles salir repetidas veces á la escena.

Solo nos resta hablar de las funciones dramáticas, que no han sido mas que *D. Juan Tenorio*, *El preceptor y su muger*, *El califa de la calle Mayor*, y las picecitas en un acto *Lobo y cordero*, y *D. Ramon*, y el drama *Moneda corriente*, que en nuestra última revista ofrecimos ocuparnos.

El drama *Moneda corriente*, estrenado en ambos teatros, original del ya tan aplaudido y distinguido poeta en la Corte, nuestro amigo D. Enrique Gaspar, y que verdaderamente ha entusiasmado al público de uno y otro teatro en las cuatro noches que se ha egecutado, llamando al autor á la escena, y habiéndole regalado una corona sus amigos.

No se tome en cuenta de ningun modo que el autor del drama *Moneda corriente* sea nuestro amigo, para que la parcialidad guie nuestro juicio; pues si no nos dejáramos llevar mas que de nuestras afecciones, no llenaríamos entonces nuestra mision, y sobre todo creeríamos ofender la delicada modestia que distingue á nuestro joven amigo.

No opinamos de ninguna manera ni por el aplauso ciego, ni tampoco por la mordaz critica, pues así nunca se llegaría á conocer la verdad que ante todo es la que debe descollar en la humanidad brotando siempre de los labios. Diógenes el cínico, fue el único hombre que no se humilló ante el grande Alejandro, conquistador de Grecia; y por Diógenes el cínico, fue por quien sintió mas admiración y aprecio el grande Alejandro.

Nuestro amigo D. Enrique Gaspar ya ha sido juzgado y aplaudido diferentes veces en los teatros de la Corte, y en los de esta capital, en las ligeras piezas del género cómico que ha escrito, literatura que ha cultivado hasta ahora con asombroso éxito, y como ha dicho muy bien un ilustrado periódico de esta capital, en el camino de sustituir al eminente poeta D. Manuel Breton de los Herreros.

El Sr. Gaspar, cuya primera produccion se presentó en el teatro Principal de esta ciudad, y donde recojió sus primeros laureles, ha querido tambien en la nueva senda por que se ha lanzado, hacer partícipe á dicho teatro de su triunfo con su primer drama *Moneda corriente*.

Corto espacio se nos deja en nuestro semanario, y no podremos ser en nuestro juicio tan estensos como quisiéramos; por lo que señalaremos solo lo mas culminante.

El drama que nos ocupa representa uno de los cuadros de nuestra moderna sociedad, aunque en poco número, por lo cual creemos no le cuadra bien el título, y lo ha llegado á realizar su autor con buen éxito, aunque no con la verdad indispensable en los caracteres.

Su argumento está esplanado en pocas palabras.

Julian, joven calavera, disipado y estragado por todos los vicios, pero conservando las buenas formas sociales, está en la mayor indigencia, que habita en un sotabanco con su esposa y una niña de pocos años, es el personaje del drama, pues vive flotando en la sociedad descreído y vil, á costa del engaño y comerciando siempre con su honor y el de su familia, hasta el punto que para asistir á un baile en casa del marqués de Sandoval y conseguir que se le nombre secretario de la embajada de Londres, para cuyo punto el marqués está nombrado embajador, arrastra á su joven y virtuosa muger Luisa á dicha fiesta, vendiendo para ello su último colchon y dejando abandonada su hija de cinco años, sin pan y sin abrigo. Amigo de Ricardo, joven español que acaba de llegar de Viena donde se ha criado en el mas completo aislamiento de sociedad y afecciones, lo presenta en casa del marqués, de cuya hija Enriqueta está enamorado desde el momento primero que la vió; y convertido en su Mentor explota la mina de la riqueza de este joven. El marqués de Sandoval para salvar los restos de su fortuna, trata de casar á su hija Enriqueta con Arturo, baron de S. Marcial, aunque en el supuesto de que ella quiera; pero la cual está enamorada del joven Ricardo. El intento de Julian es destruir el proyecto de casamiento de Enriqueta con el baron, y comprarse ciegamente la voluntad de Ricardo, poniéndole fácil el camino de sus relaciones con Enriqueta, cuya voluntad se ha torcido por haberle dicho el marqués al joven que niegue su amistad á Julian que es un vil. Para conseguir todo esto y tener seguras esperanzas de ser secretario de la embajada de Londres, Julian ha llevado á su muger al baile; para que coqueteando con el baron de S. Marcial, se llegue al punto de un escándalo, y en su consecuencia la negativa del marqués de entregarle al baron la mano de su hija, ayudando á la vez con este resultado á Ricardo. Esto así, Luisa cumple su encargo haciéndose enamorar del baron que recoge y coloca en el ojal de su frac una flor que ésta disimuladamente deja caer de su pecho. La murmuración de los jóvenes de esto, y el enterarse Ricardo, que con su buena fe lo dice á Julian, hacen que éste vea terminado su objeto insultando al baron y emplazándolo para un desafio. Concertado éste, que todos aprueban, se presenta Luisa que vuelve de los salones de baile, y al saberlo, puesto que su esposo lo dice en su presencia, se aterroriza y arrepiente de haber sido el instrumento de su marido, y diciendo que todo es falso, que ella es honrada, y su marido es un vil, pues le ha obligado á entrar en tales manejes, queda todo el mundo asombrado de tanta villanía, y el joven Ricardo, en un arranque de furor noble, se empeña en que se lleve á efecto el desafio increpando y denostando á griterío al baron de S. Marcial.

A la mañana siguiente del baile y en el sotabanco donde vive Luisa y Julian, en medio de la mas espantosa miseria, ésta está inquieta por su hija que sufre, y el resultado del duelo de su esposo, cuando éste aparece habiendo vencido, y acrimina á su muger por haberlo delatado en público, hasta el punto de amenazarle cuando ella trata de hacerle reflexiones sobre la virtud. Antes se ha presentado Enriqueta que por casualidad ve á Luisa al ir á ejercer una obra de caridad con un vecino del cuarto inmediato y trata de llevarse á esta última á su casa para consolarla, lo que no consigue; y poco despues Ricardo, que va á saber el resultado del duelo. Este se encuentra con Julian, y acusándole de su conducta le ofrece su amistad y su bolsa para huir al extranjero. Luisa vuelve á tener otra escena con su marido, en la cual consiguió ponerlo en el camino del bien, pero el

marqués aparece, y Ricardo y Enriqueta, y el primero denostando de infame á Julian, hace que éste volviendo de su reaccion principie á injuriar al marqués, sin poderle contener las reflexiones de su esposa; pero templando su voz y su encono ante el aviso de que su hija se despierta, y por último, cayendo de rodillas llorando, ante la voz de su hija que le llama, llegando á pedir perdon y una limosna para su hija, contrito y arrepentido. En este caso el marqués lo levanta, lo recibe en sus brazos y le ofrece su proteccion, y concluye el drama con esta escena y el consentimiento de que se case Enriqueta con Ricardo.

Ahora bien, esplanado á la ligera este argumento, preguntamos, ¿es posible que una honrada y virtuosa muger sirva de móvil á su marido para desgarrar su honor y mucho mas para asistir á un baile dejando sin pan y sin abrigo á su única hija?... no; porque esto es imposible. Además el tipo de Ricardo admirablemente retratado en el primer acto y que nos recuerda el Segismundo de *La vida es sueño*, y que ante el público es la figura mas importante con su gran talento, como lo prueban las lecciones de su experiencia que espresa él mismo en estos magníficos versos de la escena quinta.

Aquí se enseña una ciencia
Para aprender á vivir,
Y es la ciencia de mentir
Engañando á la inocencia.

De mi aserto no respondo,
Pero el mundo en su molición
A fuerza de superficie
Se va quedando sin fondo.

No dí á mis impulsos freno
Y pequé de inesperienza,
Pues juzgué que la conciencia
Siempre dictaba lo bueno.

Porque en juez constituida
Del hombre, Dios á mí ver
Le dió con ella á entender
El gran libro de la vida.

Y hallo, que cambiando nombres
Y al ir de esa vida en pos,
Al libro escrito por Dios
Le han puesto notas los hombres.

No es la misma figura del acto segundo y tercero que degenera hasta el punto de no tener juicio propio, dejándose llevar por cuantas ideas quieren imprimirle. Sin necesidad de la ilustración, talento y sus primeros desengaños del primer acto en Ricardo, el hombre mientras mas confiado, al primer desengaño sucede la reaccion y se torna el extremo opuesto.

Estos defectos, pues, de carácter los mas culminantes del drama, y de la poca homogeneidad en el pensamiento, pues el primer acto parece separado del resto de la obra que verdaderamente es el último, son hijos únicamente del exceso de imaginación del autor, y de su misma juventud.

En el tercer acto es donde verdaderamente ha sabido colocar bien las figuras, donde verdaderamente se encuentra en carácter el protagonista Julian, donde tambien ha despertado el sentimiento de una manera profunda y sacando un gran partido de la situación ya conocida aunque brillantemente presentada de cuando la niña llama á su padre.

No hemos tocado, pues, mas que lo culminante del drama, porque no podemos hacer otra cosa; mas con todo, lo verdaderamente culminante es la riquísima imaginación de nuestro poeta, y los magníficos é inimitables versos con que está escrito *Moneda corriente*, con cuya produccion ha dado el Sr. Gaspar un paso gigante en la dramática, enloqueciendo al público que lo ha aplaudido frenéticamente.

Solo nos falta hablar de su egecucion, y no exageramos nada con decir que ha sido brillante, pues todos, todos, se han sobrepujado á sí mismos.

El primer actor Mata, la perla naciente de nuestro teatro que en todo demuestra ser

un notable artista, es la antorcha que aparece en nuestra escena—no vacilamos en decirlo,— que reemplazará á nuestras glorias de teatro que van hácia su ocaso.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

EL ALCALDE DE ZALAMEA.

COMEDIA

DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA,

REFUNDIDA

por D. Adelardo Lopez de Ayala.

I.

Mientras la turba de los bastardos explotadores de las letras dan el golpe de gracia al agonizante teatro español, uno de los ingenios mas poderosos y levantados de nuestra época, el inspirado autor de *Tejado de vidrio* y *El Tanto por ciento*, volviendo con amor los ojos á los tiempos en que el primero de los poetas dramáticos en España y quizás en el mundo, iluminaba con los rayos de su gloria la escena castellana, ha traído de nuevo á ella como si quisiera comparar la añeja riqueza con la presente penuria, una de las mas bellas creaciones de Calderon de la Barca. Lopez de Ayala puede poner la mano sin profanacion, en las obras de nuestros grandes maestros, y á nosotros nos place ver escrito su nombre, debajo del de Calderon, al frente de la comedia que acaba de ser representada en Valladolid y que pronto lo será, sin duda, en todos los teatros de España.

Pero ¿debemos consentir, los amantes de las bellas letras, las refundiciones? ¿No son un crimen de lesa literatura esas mutilaciones y dislocamientos que hacen sufrir á las obras mas veneradas del génio, el intento de acomodar al capricho de nuestro público lo que se escribió para quien estaba acostumbrado á otras condiciones dramáticas? Si á nuestro gusto especial de *amateurs* literarias hubiéramos de ajustar la respuesta, rechazaríamos todos esos *arreglos*, no ya por peligrosos, sino simplemente por inútiles. En su libre y suelta forma, con su descosido argumento, con sus interminables arengas gongorinas, nos placen las comedias de Lope ó de Calderon mas que las pulidas, correctas y regladas de Moratin. Pero es la verdad que en la parte convencional de la ilusion escénica, lo que pudiéramos llamar artificio teatral, lo mismo que el lenguaje de las tablas, han variado, hasta el punto de ser hoy día irrepresentable la mejor comedia del teatro antiguo, con sus continuos cambios de decoracion, su argumento dislocado y sus peroratas hiperbólicas.

De modo que ó han de quedar reservadas para lectura de los eruditos, ó se han de refundir las obras de nuestros grandes autores. Bueno es, pues, que escritores concienzudos, empapados del espíritu del original, reformen al uso del día comedias de anticuada forma, pero de eterna belleza, mucho mas pudiendo hacerse este trabajo de manera que no destruya ni desnaturalice el pristino mérito, de lo que nos ofrece nuevo egemplo *El Alcalde de Zalamea*.

Hablemos, pues, de esta obra, diciendo cuatro palabras acerca de su pensamiento, muy digno por cierto de llamar la atencion, y otras cuatro sobre la manera cómo lo desarrolló Calderon y el modo cómo lo ha modificado Ayala.

En todo el glorioso cielo de nuestro teatro palpita un sentimiento que no ha sido bastante apreciado. Se ha buscado, en las comedias de nuestro siglo de oro, la espresion de las costumbres galantes de la corte de los Felipes, y se ha olvidado con frecuencia que al lado de las frivolidades amorosas, se levantaba un pensamiento que para usar una palabra de

moda, llamaremos el pensamiento social de la época. A vueltas con los desdenes y discreteos de las Elviras y las Leonoras, se abrian paso las aspiraciones políticas y las tendencias revolucionarias. En las rimadas obras de Lope y de Calderon, de Mureto y de Rojas hay tambien páginas de historia; y quien desee conocer el estado de la España en aquellos tiempos, no lo perderá estudiando, al mismo tiempo que á los cronistas, á los poetas.

El Alcalde de Zalamea es una de esas obras animadas por el sentimiento popular; pero no es un cuadro aislado: figura entre las grandes escenas de una magnífica galería, en la que nos asombran y nos instruyen las características figuras, del *Rico-hombre de Alcalá*, *García del Castañar*, *El mejor alcalde el rey* y otras del mismo carácter.

Todas ellas son episodios de la lucha del trono apoyado en el pueblo, contra la nobleza; todas ellas nos dicen cómo ha ido formándose la unidad nacional, por medio de la glorificación de los principios eternos del derecho y de la justicia, representados por la idea monárquica. El teatro nos marca todas las etapas de este camino del progreso.

Comenzamos por ver á los magnates tan poderosos como el mismo rey, menospreciando su autoridad. D. Pedro tiene que esclamar, en la preciosa comedia de Moreto *El valiente justiciero* (1).

El rico-hombre de Alcalá

¿Es mas que el rey de Castilla?

La situacion es una situacion de fuerza; el derecho radica todavía en la espada: cuando Don Rodrigo, el padre de la dama deshonrada por el rico-hombre, pide justicia al rey, le contesta éste:

Si vos se lo consentisteis,

Tambien yo se lo consiento.

Y cuando replica D. Rodrigo,

Quitóme la espada y ciego

Me atajó accion tan honrada,

el poeta pone en boca de D. Pedro estos dos hermosos versos:

¿Y os quitó tambien la espada

Que pudisteis tomar luego?

Contra la anarquía no hay otro remedio que la violencia, y en este duelo entre el señor tirano y el monarca justiciero, la cuestion la decide la fuerza, y cuando el público ve

Al rico-hombre de Alcalá

A los piés del rey D. Pedro,

es porque el rey ha luchado brazo á brazo con su rebelde vasallo y le ha mostrado que á donde no llega su cetro puede llegar su espada.

La misma historia del honor ultrajado y clamando venganza es el fundamento de los otros dramas que hemos citado; pero los personajes varían con las épocas y van pintando el carácter de cada una de ellas.

Tras el soberbio y poderoso *rico-hombre de Alcalá*, viene el artero D. Mendo de *García del Castañar*. D. Mendo es el noble que se ha hecho cortesano; carece ya de fuerza propia y abusa de la que le dá la sombra del trono. La nobleza ha decaído, y el pueblo comienza á levantarse. García del Castañar es medio hidalgo y medio patán. Por su sangre es caballero, pero por sus costumbres labrador. Pues, bien; cuando D. Mendo atenta al honor de Blanca, no duda ya su marido como D. Rodrigo ante el rico-hombre, sino que clava el puñal en el corazon del traidor, y se presenta satisfecho ante el monarca, diciendo:

No he de permitir me agravie

Del rey abajo ninguno.

(1) El pensamiento de esta célebre comedia se remonta á una época anterior á Moreto, pues éste no hizo mas que refundir el argumento de *El Infanzon de Illescas*, de autor incierto, y atribuido á Lope, á Tirso de Molina y tambien á Andrés de Claramonte.

Adelantemos otro paso y veremos emanciparse al verdadero pueblo. *Sancho* no es ya un caballero disfrazado de labrador, como García del Castañar. Es un completo labriego de las orillas del Sil. *D. Tello*, infanzon gallego, le roba á su prometida. Tenemos la misma escena de violencia de siempre. Pero ahora ya no vendrá á desenlazarla la venganza. Ahora va á aparecer un personaje nuevo, *la justicia*. La justicia es, sin embargo, todavía muy débil para andar sola por el mundo, y necesita que el monarca la lleve á grupas. Un alcalde es poca cosa para hacer rodar la cabeza del infanzon gallego, y Lope de Vega hace que tome su vara Alfonso VII, y nos dice que en tales casos *El mejor alcalde el rey*.

Demos otro paso. Ha concluido el poder de los nobles, pero sobre el pobre pueblo cae otra opresion, la de la soldadesca. Las glorias militares del siglo XVI cuestan muy caras á España, y los vencedores de Italia y de Flandes son el terror de nuestras aldeas. La bella estremena Isabel, la hija del honrado Pedro Crespo, no tiene ya nada que temer de los rico-hombres feudales, ni de los grandes cortesanos; pero un capitán de los tercios, al frente de unos cuantos soldados licenciados, puede arrancarla de brazos de su padre y violarla en un bosque.

¿Quién hará justicia en este nuevo atentado? Ya no hay necesidad de que venga el rey á hacer respetar como un cetro la vara del alcalde, basta que la tome en sus manos el padre ofendido, para que el capitán sea ahorcado por sentencia del *Alcalde de Zalamea*.

¿Qué progresion en la idea del derecho, y en la fuerza y unidad del Estado, desde el rey D. Pedro cruzando su espada con el rico-hombre de Alcalá, para vengar el ultraje de una dama, hasta un alcalde de monterilla, presentándole á Felipe II el cadáver del capitán violador, y diciéndole:

Toda la justicia vuestra

Es solo un cuerpo no mas!

Hemos dicho y volvemos á repetir que ofrece sério objeto de estudio al historiador de nuestras costumbres políticas la série de escenas dramáticas de las que hemos indicado algunos cuadros. Solo hemos podido apuntar esta idea, y vamos ahora á considerar como obra literaria la que tan felizmente ha refundido el Sr. Ayala.

TEODORO LLORENTE.

EL COLISEO.

Mucho ó todo se ha dicho ya del Coliseo: este maravilloso anfiteatro no ha servido solamente de circo á los gladiadores, á los mártires y á las fieras, sino tambien de liza ó palenque para la erudicion y la elocuencia, llegando hasta la hipérbole y la paradoja, con los prosistas, poetas ó sábios.

El Coliseo tiene 1641 piés de circunferencia exterior: el circo donde combatian los gladiadores 285 piés de longitud sobre 182 de ancho: su forma es elíptica en la medida indicada por estas proporciones; y la altura total de este edificio es de 157 piés. Si nuestro grabado no dá la verdadera idea de tan grande elevacion, es porque su vista está tomada desde la galería (*præcinctio*) del primer piso.

La decoracion exterior del Coliseo presenta una triple fila de arcadas superpuestas, entre cada una de las cuales se levanta sosteniendo el friso una columna, cuya mitad sale de la muralla.

El piso bajo es de orden dórico, el primer piso jónico, y el tercero corintio. Hay además otra cuarta fila, igualmente corintia, y cuyo piso mas saliente que los otros tres, está sostenido por pilasstras. Nada hay en el mundo ni mas digno ni mas sólido á la vista que el con-

junto de esta decoracion; parece egecutado en un solo trozo; ó mas bien salido de la tierra construido como el olivo de Minerva.

Se dice que un cristiano, el arquitecto Gaudentius, fue el primero que sometió el plano de este anfiteatro al emperador Vespasiano, donde el cristianismo debia pagar con tanta sangre su definitiva victoria. Doce mil judíos prisioneros de guerra fueron desde luego dedicados á levantar este coloso (*colosseum*), que Tito, su vencedor, debia apenas ver terminado.

Aunque bastante destruido en el año 526

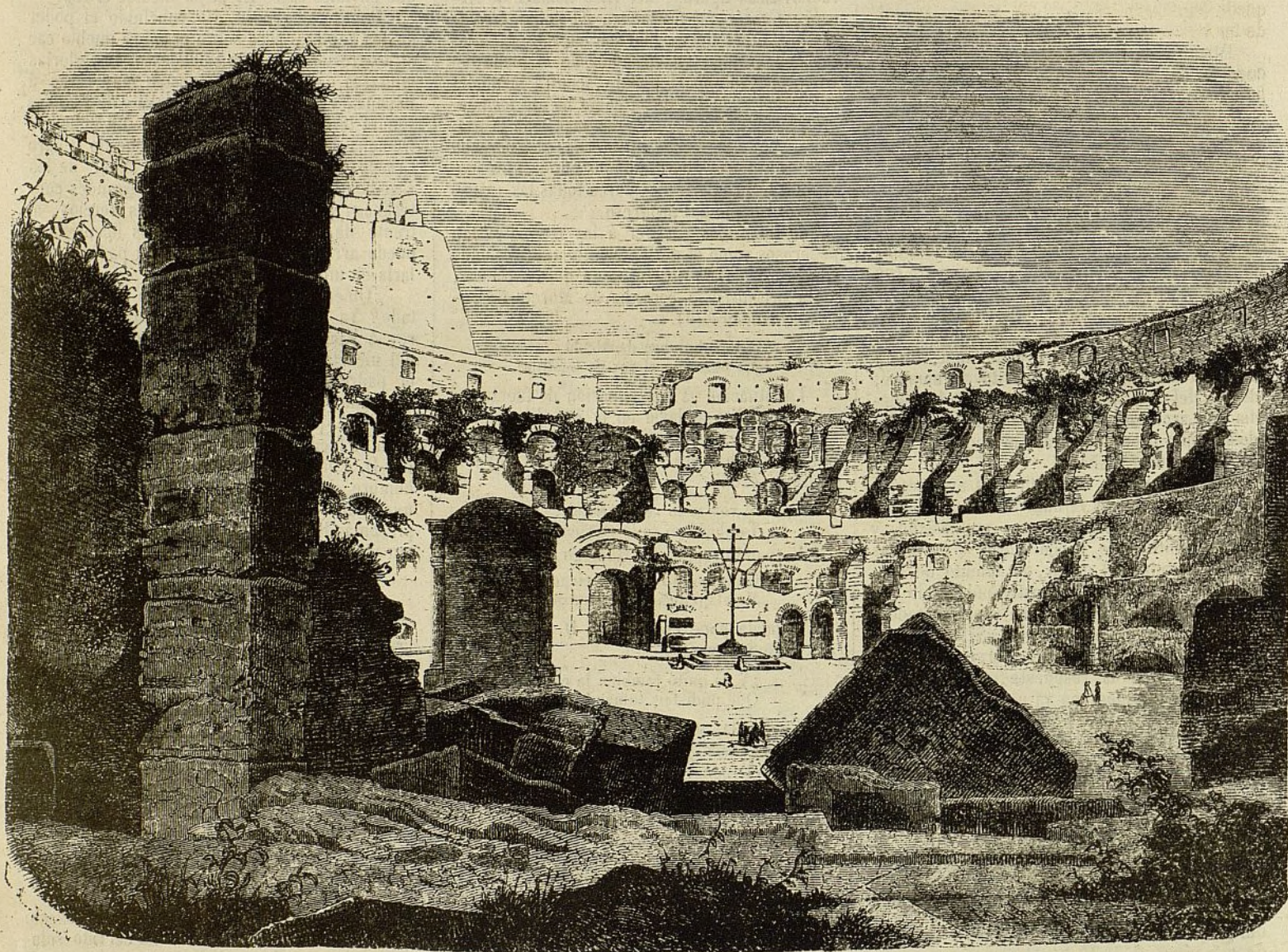
por Totila y sus bárbaros, existia todavía el Coliseo casi todo entero en 1534. Hacia esta época, este monumento construido segun parece con los despojos del palacio de Neron, suministró á su vez materiales para las nuevas construcciones de Roma, como á la Basílica de San Pedro entre otras. Justa y deplorable vuelta de todas las cosas de aquí y abajo, donde se vé muy bien que los arquitectos de todos tiempos, antiguos y modernos, no respetan ni tienen entrañas mas que para ellos mismos y sus obras.

D. D. L.

CORONA REGALADA

Á LA HEROINA DE GAETA.

Algunas señoras de Nápoles han dado testimonio de la afectuosa admiracion que les inspira la noble conducta de la ilustre princesa que hace poco ocupaba el trono de las Dos Sicilias, poniendo á sus piés una preciosa corona de oro de hojas de laurel y flores de lis de diamantes montados al aire, enlazadas con una cinta en la que se ve esta leyenda: *á la heroína de Gaeta las damas de Nápoles*. En la estremidad frontal de la corona, se figura por medio



INTERIOR DEL COLISEO ROMANO.

de una perla de notable tamaño, una bomba en memoria del sitio de aquella plaza y de la energía y decision poco comunes al bello sexo que supo manifestar durante aquel período la que es objeto de esta corona.

Esta joya, admirable modelo de gusto y elegancia, lisongeará no menos el esquisito gusto de la muger que las magnánimas aspiraciones de la que se ha sentado en un trono.

NATHAN.

(Historia hebrea.)

David reposa en un lecho, formado de mullidos cojines y cubierto por una alfombra de pelos de camello, delicadamente entretejidos y teñidos de púrpuro color.

La hora de los juicios ha pasado; la colacion de la tarde se dispone en el hogar del rey: un siervo diligente renueva el aire en torno del gefe de Israel á las oscilaciones de un abanico de hojas de palmera curiosamente trenzadas en forma circular.

David cierra los ojos rendido al halago de una inercia sabrosa, una sonrisa de grato bienestar se dibuja en sus lábios: respira desahogadamente como el hombre cuyo pensamiento no perturba el mal ni su idea. Y sin embargo, pesa un crimen sobre su cabeza ungida por Samuel: la iniquidad marca sus pasos en el sendero de la vida régia, y la traicion y el adulterio manchan las páginas del libro de sus destinos é imprimen un borron en los anales de su historia.

Bethsabé ocupa su tálamo; compendia sus delitos en la enunciacion sola de su nombre, y asocia su fragilidad al relato de la

mancilla que recae sobre el ánima, hasta entonces pura, de David...

¡Fatal día, aquel en que distraído el rey en el terrado de su casa, divisó á la esposa de Uriás, desnuda y provocativa, recreándose descuidada en el baño!

El fuego de la concupiscencia se inflamó en sus entrañas: un deseo vehemente acosó aquel corazon, torcido hácia el mal por un anhelo lascivo, y acalló la conciencia sus clamores ante la hermosura en lúbrica incitacion.

¡Funesta noche aquella en que los siervos del rey condujeron á la muger del Hethéo á la cámara de David, y hora execrable en la que el señor principió por robar la honra á su vasallo para terminar por arrebatárle la vida!

La infamia dió su fruto: el peso de un sér en el seno de la madre que hace estremecer de alegría á la que pudo gloriarse de

su nacimiento, heló de espanto á la concubina real: anunciando á David su gravidéz tiembla como el reo de muerte: porque la ley de Dios la condena por la torpe impureza con que envilece su alma; la ley de Moisés la amenaza como adúltera con la formidable lapidación.

¿Por qué el rey hace venir á Urias el Hetheo del ejército de Joab? ¿Piensa que será tan indigno que consienta en la infamia de su nombre en Israel? ¿Se imagina que noticioso de lo ocurrido disimulará la afrenta, porque su ofensor ciñe la corona á sus sienes?...

David pretende coronar su traicion con el engaño: aspira á que el Hetheo se introduzca en su casa, se una á su culpable consorte y quede legitimado á los ojos del pueblo el fruto de un lazo pecaminoso.

Pero el Señor no permite que el vicio encuentre esta égida de su consecuencia. Urias ha jurado no disfrutar la vida pacífica, mientras el Arca Santa, Israel y Judá, habiten en los guerreros pabellones; y el noble campeón repugna los goces del hogar, en tanto que Joab y los combatientes del pueblo escogido, duermen sobre la desnuda tierra.

Tres noches pasa Urias en los aposentos contiguos á la estancia régia, entre la servidumbre de David y sin dar un paso hácia su casa. El proyecto del adúltero queda frustrado; pero ahí está la guerra que devora víctimas sin cuento y puede paliar el asesinato del que estorbe los antojos del sucesor de Saul.

Urias, parte fiel á sus votos y portador de una orden para Joab; orden que si trataran de arrebatárle, derramaría antes de conseguirlo la última gota de la sangre de sus venas; orden que previene al caudillo que esponga al Hetheo á la ferocidad ammonita; porque su vida es una rémora á los placeres del rey, un perenne amago contra sus indignos procederes.

Se logra el pérfido conato: un peloton de valientes obedece sin murmurar el decreto del caudillo que los envia á Rabba y al ataque de sus muros: los hijos de Ammon destronan aquel puñado de hombres temerarios, remitidos á una derrota segura y calculada: Urias sucumbe y David queda dueño de Bethsabé.

Joab previene al rey que su designio se halla cumplido; y por si un sentimiento de humanidad se despierta en su ánimo á la noticia de las víctimas sacrificadas á un mandato homicida, advierte al mensajero que contenga la ira de David con esta frase: «*tambien Urias el Hetheo pereció en el combate.*»

El rey escucha la lúgubre relacion, ahogando la voz acusadora del remordimiento, y al saber que no existe el hombre á quien ha robado su honor, contesta con horrible calma, dirigiéndose al enviado: «*Di á Joab que no se desanime: tales son los varios sucesos de la guerra: ora éste, ora aquel sufren el golpe de la espada.*»

Bethsabé llora á la nueva del fin doloroso de Urias, reconvenida por ese interno Juez á quien no engañan apariencias ni especiosidades. David la deja pasar el luto y la uno á sí, recibiendo con alborozo el nacimiento del hijo, engendrado en la infamia del adulterio...

De improviso perturba el reposo del rey

la entrada de un hombre á quien los custodios de la real persona no se atreven á cerrar el paso.

Aquel hombre lleva la barba hasta la cinta: sus cabellos grises recogidos tras de las orejas caen sobre sus hombros, escasos en el vértice de su arrogante cabeza, que brilla como el marfil pulido, su fisonomía severa y magestuosa impone la admiración y un voluntario acatamiento: una túnica de lana ceñida con una cuerda de lino compone su traje: vá calzado y lleva una maravilla de abeto en la diestra. Tal es Nathan, Profeta del Señor, reverenciado profundamente en Israel.

—¿Qué quieres de mí, Nathan? preguntó David inquieto.

—Escucha, rey (replica el Profeta con eco imperioso): hay dos varones en una ciudad; el uno rico: pobre el otro. El rico posee multitud de ganados: el pobre no poseia mas que una ovejilla, comprada aun pequenuela; cuidada amorosamente, crecida entre su familia,

llozos, exclamando: *Pequé contra el Señor.*

Nathan conmovido estendió la mano sobre la humillada cabeza del Rey, diciéndole:— «*El Señor te perdona la culpa.* No obstante, como diste motivo á que blasfemaran los enemigos de Dios por tus excesos, aunque la cólera del cielo no descargue en tí, heriré á ese niño que hubiste del crimen con la muger de Urias, y el día séptimo perecerá.»

JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ,

LAS ÁNIMAS.

(Continuacion.)

VI.

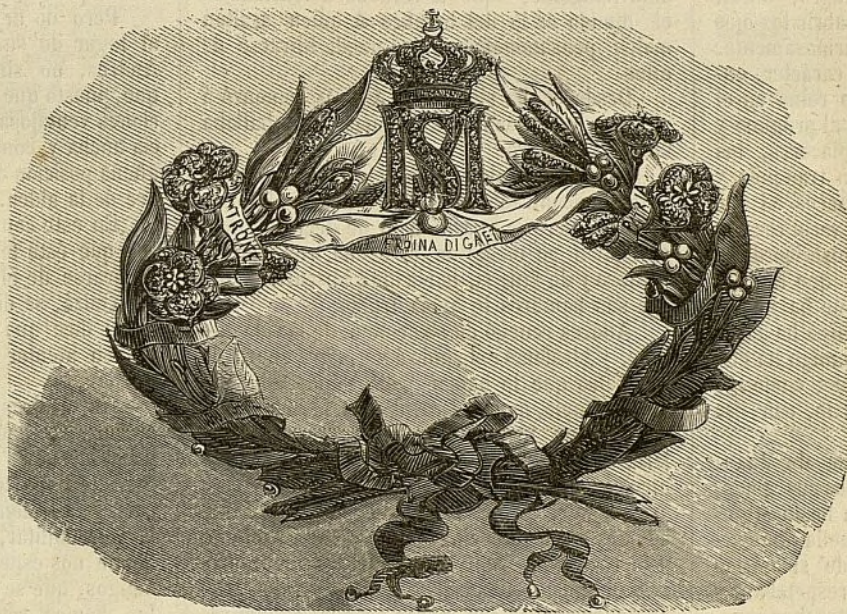
Juan buscó en vano durante algun tiempo el cadáver de su amigo, y sin embargo, éste se hallaba entre los cadáveres de los víctimas de la lucha.

En un arroyo habian caido siete ú ocho valientes, y un cobarde, que era Andrés. Aturcido, arrastrado hasta allí por la imperiosa ley de la necesidad, temeroso de que, al verle huir, le diese muerte alguno de sus mismos compañeros, recibió una herida de poca gravedad, siendo el primero que cayó en el arroyo, donde cayeron bien pronto sin vida sus hermanos de armas. La sangre que perdió el desdichado, la humedad del arroyo, el miedo supino que le embargaba, y la dificultad con que respiraba bajo el peso de los cadáveres de los demás, eran motivos suficientes para agravar su estado, y cuando Juan, que hasta entonces no habia visto los cadáveres en el arroyo, y que ya empezaba á sospechar que el enemigo se habria llevado prisionero á su amigo,— que todavía se resistía á

creer que habria huido en el momento del combate, descubrió el cuerpo de Andrés; éste presentaba toda la apariencia de un cadáver.

Era aquel un cuadro digno de Miguel Angel y de Rembrand. La noche mas oscura y sombría que nunca, la naturaleza cubierta de luto y como horrorizada de la guerra de los hombres, las aves de rapiña cerniéndose sobre aquel campo de la muerte, y descubriendo con la sangrienta mirada el sitio donde mas cadáveres habia, para lanzarse sobre ellos, y devorar aquellos corazones que algunas horas antes latian llenos de vida, de entusiasmo y de esperanza, y un soldado, cubierto de polvo, lodo y sangre, inclinado sobre los cadáveres, acercando la linterna á los inmóviles, desencajados rostros de los mismos á quienes el día antes habia visto hablar de sus ancianas madres y de sus amores, y que con él los habia visto arrojar á la pelea al grito de: *Viva España!*....

Y cuando, despues de sacar en sus brazos uno por uno los cadáveres que habia en el arroyo, descubrió en el último á su amigo Andrés, á su pobre hermano á quien tanto amaba, y de quien nunca se habia separado, lloró el valiente Juan como un niño que se vé perdido y abandonado, maldijo de su suerte, y se reprochó como el mayor de los crimenes haberse apartado de Andrés en el momento del combate, y cargó sobre sus hombros el cuerpo rígido y frio, que creia cadáver, y con él se



CORONA REGALADA POR LAS DAMAS NAPOLITANAS Á LA HEROINA DE GAETA.

participe de su pan y su vino, arrullada al calor de su lecho, tratada, por fin, como una hija... El rico hubo de obsequiar á un huésped y en lugar de recurrir á sus ganados para disponer la comida, tomó la oveja del pobre, y aderezó su carne para alimento del peregrino...

—Por el nombre del Señor, (interrumpió David airado), hijo de la muerte es el autor de esa indignidad, y le haré volver la oveja al cuádruplo, sin remision alguna.

—Acabas de juzgar tu propia causa: (dijo el Profeta con inspiracion impetuosa). Tú eres ese hombre, rey. Oye la voz del Señor: yo te ungi monarca sobre Israel, librándote de las asechanzas de Saul: te di la casa de tu dueño; sus mugeres que reposaron en tu regazo; sus dominios y grandezas, y disponia nuevos favores á tu dominacion. Tú has despreciado las leyes divinas, y osaste el mal en mi presencia. Heriste á Urias el Hetheo con la espada de Ammon, y te enlazas con su esposa, profanada en vida de su marido. Por esta causa esgrimiré la espada de mi justicia por siempre en tu descendencia: suscitaré la adversidad en tu prosapia, y haré que á tu vista se apoderen de tus esposas, y abusen de ellas á la claridad del día. Tú te escondiste para ofenderme: yo haré que tenga lugar mi venganza á la luz del sol, y en presencia de tu pueblo.

David habia caido de rodillas, trémulo y penetrado de vivo pesar á la conminacion profética; y al concluir Nathan prorumpió en so-

dirigió al sitio donde se hallaba uno de los médicos encargados de reconocer los cadáveres, antes de que se les diera sepultura.

Andrés no estaba muerto.

Imposible sería imaginar la alegría de Juan. Abrazó al médico, abrazó á todos los soldados que halló al alcance de sus brazos, abrazó y besó á Andrés, que aunque estaba vivo, según decía el médico, y era en efecto verdad, no daba para los profanos á la ciencia señal alguna de vida; lloró y rió al mismo tiempo, y pasado este primer momento de expansion, y avergonzado de no haber dado todavía gracias á la Providencia, á quien debía la vida de su hermano de la infancia, se arrodilló humilde en aquel suelo enrojecido por la sangre de sus compañeros de armas, oró fervorosamente, y pidió al Todopoderoso conservase la vida de Andrés, á quien el médico había declarado en peligrosísimo estado, y después, sin descansar, sin dormir un momento, se instaló á la cabecera del lecho donde había sido colocado Andrés, y allí pasó la noche, fijos los ojos en el rostro de aquel infeliz.

—Si la Providencia hace un milagro, decía, y salva á mi pobre amigo, si al abrir los ojos me vé á su lado, cuidándole cariñosamente, entonces sí que se modificará su carácter, entonces sí que comprenderá que no reina en el mundo el egoísmo, y que el amor al prógimo y la caridad son los dos grandes placeres, los dos grandes consuelos que hacen tranquila y fecunda la vida del hombre: entonces sí que tendré yo la dulce satisfacción de verle rezar y volver los ojos á Dios, que tan misericordioso habrá sido con él, y entonces sí que lograré que mi amigo, mi hermano, el que ha nacido en el mismo sitio que yo, y conmigo ha pasado los años de su juventud, y conmigo ha entrado en esta vida militar, me ame, como yo á él, y no me trate con ese desvío, con esa reserva con que hasta ahora.

Tal era la generosa naturaleza de Juan.

Y todos sus compañeros, y todos sus gefes, desde el sargento de su compañía hasta el general del ejército, admiraban aquella abnegación sin límites, aquel desprecio de sí mismo en favor del prógimo, y todos le respetaban, y todos se disputaban el honor de estrechar aquella mano generosa, siempre dispuesta á apoyar al débil y al desvalido.

Hubo entre los soldados uno que se atrevió á decir que poco se hubiera perdido con la muerte de Andrés, y que menos falta hacía este en el mundo que otros que habían tenido menos fortuna en el combate, y Juan como un león á quien arrebatan su compañera saltó sobre él, y lo hubiera estrangulado seguramente á no mediar alguno de sus gefes, que no se atrevió á castigar aquel arranque de generosidad.

Andrés, gracias á que la ciencia empleó todos sus recursos para reanimar aquella pobre naturaleza, abrió los ojos, y vió á Juan á la cabecera de su lecho, á Juan que le prodigaba las mas consoladoras frases, y que le hablaba de Dios, y le espresaba toda la alegría que sentía viéndole mejorar. Y Andrés apartaba los ojos de Juan como si le disgustara verle á su lado, y parecían causarle mas repugnancia que otra cosa, las protestas de amistad y los consuelos de su rival.

Y Juan redoblaba su celo, y cuidaba del enfermo con tanto mas amor, y con tanta mas abnegación, cuanto que claramente veía que sus cuidados no eran agradecidos.

VII.

Una noche Andrés fue acometido de un espantoso delirio. Juan velaba como siempre á la cabecera de su lecho.

Y Andrés decía en su delirio:

—¡Me muero!... ¡Nadie me socorre, nadie!... ¡Y he de morir sin matarle!... El no morirá, no! él tiene mas fortuna que yo... Todos le quie-

ren, todos piden por él... y ella, ella le quiere mas que todos, mas que á mí... ¡ya lo creo, á mí me aborrece!... Y yo muero, no hay remedio para mí... y él se queda en el mundo!... Maldito sea él, y maldita ella también!...

Juan oía temblando estas terribles frases, y veía con profunda pena la feróz espresion que se pintaba en el semblante de Andrés.

—¡Cómo se alegrará de mi muerte! continuó Andrés, revolviéndose en el lecho. Si yo viviera, entonces sí que no había de reírse de mí, porque le mataría... He jurado matarle y le mataré... porque vivirá, si que vivirá... y Teresa no será mía, pero suya tampoco...

Juan que ya había temido que Andrés hablaba en él de su delirio, no pudo dudar al oír el nombre de Teresa, pronunciado por aquella sacrilega boca.

Y lo primero que hizo, al saber aquel horrible secreto, al oír aquella feróz amenaza, fue postrarse de rodillas, y pedir á Dios por su mismo enemigo, que desde aquel momento le interesaba mucho mas, porque era el infeliz mucho mas desdichado de lo que él había podido imaginar,—que la verdadera desdicha en el mundo es la del hombre á quien asaltan malos pensamientos y no puede librarse de ellos.

Desde el día siguiente, Andrés comenzó á mejorar, y dos semanas después ya se hallaba fuera de peligro.

Juan le dijo que había sido herido, que le habían encontrado en el arroyo, entre los cadáveres, pero se guardó bien de decirle que él era quien en medio de la noche, rendido de hambre y de fatigas, había ido á buscarle, y sobre sus hombros le había traído.

Andrés renegó de su destino, de la vida militar, y blasfemó culpando á su negra suerte de los males que le habían sobrevenido, sin advertir, impio, que la Providencia le había dispensado un inapreciable favor con no dejarle morir, como habían muerto tantos otros.

Llegó el día de las recompensas, y Juan, además de ser mencionada en la orden general y de recibir al frente de las tropas, y de manos del mismo general en jefe una de las cruces pensionadas con mayor premio, obtuvo rebaja de dos años, que era precisamente el tiempo que le faltaba para cumplir su obligación de soldado.

Andrés, por haber sido herido, obtuvo la misma rebaja, que era el premio que mas deseaba, sin cuidarse mucho de las condecoraciones, por mas honoríficas que éstas pudieran ser, que su única aspiración era evitar las ocasiones de caer herido ó asustado en las batallas, á las que no podría acostumbrarse en cien años si cien años viviera.

Y á los pocos días, hízose la paz, y parte del ejército se alejó del sitio de la lucha.

Juan y Andrés fueron de los que volvieron, recibiendo poco después su licencia absoluta.

Juan escribió á Teresa y á su padre dos cartas que robaban alegría y esperanza, y que espresaban toda la gratitud que debía al Todopoderoso el valiente soldado, que después de seis años de servir en el ejército, espuesto á todos los peligros de la vida militar, y viéndolo de continuo la muerte junta á él, podía gozar el inefable placer de volver sano y salvo al suelo que le vio nacer, con el corazón tan puro y bueno como cuando salió de la aldea, y con la halagüeña esperanza de hallar una muger, un ángel, con quien compartir los placeres y las penas de la vida, y todo esto, después de la satisfacción de haber cumplido con su deber, y de haber logrado la consideración de cuantos habían tenido ocasión de conocer sus nobilísimas prendas.

Juan, que tan feliz podía ser y tanto lo merecía, no gozaba, sin embargo, felicidad completa.—Sabía el secreto de su compañero, de su hermano Andrés, sabía que éste le odiaba de muerte, que no se creía satisfecho sino

con su desaparición del mundo, y esta idea le apenaba y le angustiaba el corazón, no porque temiera el odio de Andrés, sino porque este odio era para él como la ingratitud de un hijo para con su padre, porque era señal infalible de que el corazón de Andrés estaba completamente cerrado á todo sentimiento noble y generoso, y que en él reinaban despóticamente todas las malas pasiones, porque Juan amaba á Andrés, como el padre ama al hijo ingrato que contra él se vuelve, y porque era Juan una de esas naturalezas generosas, muy raras en el mundo, que sufren con la pena del prógimo, y con la alegría y el amor del prógimo se regocijan como con sus propios placeres.

Libróse bien Juan de leerle la carta que escribió á Teresa, anunciándole el fin de la campaña y del tiempo de su empeño, porque como sabía que Andrés sufría con su alegría, parecía una buena acción evitarle las penas que pudiera, ya que no acertaba á librarle de la horrible pena á que se ve condenado el envidioso, como el que está bajo la tremenda pasión de un mal pensamiento.

Pero no dejó de proponerle volver juntos al lugar de su nacimiento, á lo que accedió Andrés, no sin aconsejar antes á su amigo que, puesto que sus gefes le proponían colocaciones ventajosas en la Corte, y que se le ofrecía ancha y cómoda vida, prefiriese esta halagüeña posición á la vida monótona, oscura y pobre de la aldea.

En este consejo de Andrés vió Juan el deseo que éste tenía de alejarle de Teresa, y de separarse de él.

—Quizá, se dijo Andrés, la voz de la conciencia le dice que será un horrible imperdonable crimen atentar á mi vida, y quiere evitar la ocasión.

—No, Andrés, le dijo; juntos hemos crecido en nuestro bendecido pueblo, juntos salimos de él hace seis años para cumplir con el deber que tiene todo ciudadano de servir á su país, juntos hemos corrido todos los peligros de la vida militar, y juntos hemos de volver allí donde nos esperan nuestros vecinos, nuestros amigos, que se honrarán tanto, sabiendo que los hemos representado en la defensa de la patria tan cumplida y valerosamente. Pero si tú no quieres volver, si te place probar fortuna en la Corte, libre eres, querido Andrés, y no seré yo quien contrarie tu inclinación.

—Yo no, contestó Andrés; sea como tú quieras.

En el semblante de Andrés advirtió Juan una siniestra sombra.

(Se continuará.)

CARLOS FRONTAURA.

CONOCIMIENTOS ÚTILES (1).

Introducción.

Nosotros creemos que los adelantos de las ciencias corresponden á los sabios; pero que su conocimiento debe ser el patrimonio de todos.

Somos partidarios de humanizar, de popularizar la ciencia.

Y mas de una vez hemos pensado, al ver embarcarse en los trenes de los ferro-carriles una multitud de viajeros, cuán pocos son de tantos como aprovechan el prodigioso invento que multiplica el tiempo menguando las distancias, los que conocen el mecanismo á que se debe la potente fuerza del rápido motor.

(1) Por el epígrafe que encabeza al siguiente artículo comprenderán nuestros lectores que éste es la introducción de una serie de otros varios, que sobre conocimientos útiles piensa publicar en EL MUSEO LITERARIO nuestro amigo el entendido jurisconsulto y conocido escritor Don Eduardo Atard; nosotros, con el objeto de corresponder á nuestros favorecedores, pensamos ilustrarlos con preciosas láminas á medida que lo reclame el texto.

Hay muchos inventos de que la generalidad se aprovecha, apenas se le ofrecen por los hombres de la ciencia, pero los mas observan los efectos y no se cansan en descubrir las causas, como dice el sabio portugués autor de las *Recreaciones filosóficas*.

Asimismo son para nosotros usuales mil objetos, cuyo origen, cuya procedencia, elaboración ó fabricacion son desconocidos para los mas de los que ordinariamente los consumen ó utilizan.

Y nosotros que consideramos los adelantos y bienestar materiales, consecuencias inseparables del adelanto y del bienestar moral, al par que creemos que recíproca y providencialmente se promueven y coadyuvan, hallamos por muchos conceptos ventajoso el que la generalidad se ilustre con el conocimiento de la naturaleza de los objetos de que se rodea la vida material.

De aquí el que nos proponíamos escribir para el MUSEO LITERARIO una serie de artículos, cuya modesta idea está sencillamente encerrada en su propio título.

Debemos, sin embargo, hacer una ingenua confesion: la idea no es original. Luis Figuier, el autor de la preciosa obra titulada: *Las grandes invenciones antiguas y modernas en las ciencias, la industria y las artes* ha publicado en este año la tercera edicion de otra obra igualmente apreciable, titulada *El sabio del hogar*.

En el prólogo de esta obra dice su autor: «La generacion actual que reúne un orden variadísimo de conocimientos es como estrangera en medio de los objetos materiales que la rodean. Hemos estudiado el mundo antiguo, la literatura, la historia y la filosofía de la Grecia y de Roma. Estamos perfectamente iniciados en la historia de Alejandro y de Cesar, en los hechos y hasta en los gestos de Catón el anciano y de Dionicio el tirano, y podemos decir el número de galeras que figuraron en la batalla de Salamina. Sabemos el valor del sestercio romano, del talento y de la ruina de Egipto, de Corinto y de Atenas. Pero en cambio ignoramos lo relativo á la naturaleza y las propiedades del aire que nos hace vivir, del agua que bebemos, de los alimentos que satisfacen nuestra hambre, de los combustibles que sirven para alumbrar ó calentarnos. Que la infancia nos interrogue con su viva mirada fija en la nuestra, y nos propongan la cuestion mas sencilla sobre un objeto usual, sobre la causa de un fenómeno físico que se presenta á cada instante á nuestra vista, ¡y cuántas veces nos veremos obligados á enmudecer á su pregunta! Para generalizar entre la juventud este orden de conocimientos es por lo que Luis Figuier ha escrito *El sabio del hogar*.

Su obra excelente por su método, su estilo y su variedad de materias, lo es tambien por la parte tipográfica, y por los preciosos grabados con que está profusamente ilustrada.

Como una imitacion de su trabajo, como modesta colaboracion de su importante empresa, ofrecemos á nuestros lectores la serie de artículos que hemos anunciado.

Artículos sueltos, cortos y sencillos, desnudos del tecnicismo, no usual, de la ciencia, serán una fácil iniciacion para los jóvenes, agradable y provechosa instruccion para nuestras lectoras.

No olvidaremos que escribimos en un periódico literario, y sin que nuestros artículos traten de física, de química, de agricultura ni de mecánica, haremos en ellos tributarias á todas las ciencias y las artes, hasta donde lo consienta su índole especial y á nuestros conocimientos sea dado.

EDUARDO ATARD.



LAGRIMAS DE AMOR.

¡He pecado, Señor, y aun tú me miras!
¡Te olvido y aun me quieres!
¡Tu nombre mancho y á ensalzarme aspiras!
¡Te escupo y no me hieres!

Al bramar de la lóbrega tormenta
Ví al mundo anonadado,
Y presintiendo el génio que me alienta
Alcé mi canto osado.

¿Quién como yo? grité; temen los hombres
A un Dios que nunca vieron
Y por el lodo al arrastrar sus nombres
En el no ser se hundieron.

Y á un eco vago, al ver cruzar á un ave
Bajan su frente y lloran:
Le temen y ¿quién es? nadie lo sabe
¿Dó está? todos lo ignoran.

Si para ser esclavos han nacido
Arrástranse en el suelo;
Si hay Dios, no hay otro Dios que el que atrevido
Escala el alto cielo.

Y tú me oías y tu rayo ardiente
Fue á herir al que lloraba:
Y al mirarle á mis piés me erguí potente
Y alcé feroz mi daga.

¿Un Dios queréis? esclavos, de rodillas,
El universo es mio;
Sembraré de cien mundos las semillas
Y llenarán los mundos el vacío.

Yo que no sé quién soy, sé que el espacio
No basta á contenerme;
Quise hacer en el cielo mi palacio
Y estremeciéme al verme.

Dije, y el fiero mar alzó su frente
Y me miró espantado:
Y me creí cual Dios omnipotente
De soles coronado.

Mas rasgaron mi pecho agudas penas
Al emprender mi vuelo:
Y amarrado con bárbaras cadenas
Me hallé á tan pobre suelo.

Y blasfemé insensato y furibundo
Los hierros que me ataban sacudía:
¿Dónde está mi poder? grité.... y el mundo
Sin escucharme impávido seguía.

Y esclavo vil mi espíritu intentaba
Ser libre como el viento,
Y el espacio cual águila surcaba
Mi altivo pensamiento.

Y nubes, cielo, sol, mundos y estrellas
Escudriñaba ansioso;
Y en todas partes encontré las huellas
De un sér mas poderoso.

¿Dónde está? quiero verle; con mis brazos
Alzarle un trono quiero,
Y ofrecerle en su altar hecho pedazos
Mi corazón que le negó altanero.

¿Existes y te ocultas á mis ojos?....
¿Aun quieres que te niegue?
Seca ¡oh Dios! el raudal de tus enojos;
Déjame verte aunque al mirarte ciegue.

Así mi pensamiento prorumpía
Cegado en su locura,
Y el alto cielo con su azul cubría
Tu mágica hermosura.

Y ¡lloró su impotencia!.... En su cinismo
A la tierra volvió por él odiada:
Entró en mi pecho y cual en hondo abismo
Creyó el caos mirar, tras él la nada.

¡Oh! no; la nada no: que halló un consuelo
Eterno, indefinible,
A través de sus lágrimas el cielo
Mostraba lo invisible.

Era el amor; cual niebla ante la llama
Del sol, ante él la duda desaparece:
Cual rocío en mi pecho se derrama,
Y el árbol santo con su riego crece.

El árbol que cual cedro en la alta cumbre
Los rayos desafia,
Y al brotar en el Gólgota, su lumbre
Temblando el sol cubría.

Y ante él me postro, porque ante él me arrojas,
Altivo pensamiento,
Como al caer las amarillas hojas
Al pié de un ara remolina el viento.

¡He pecado, Señor, y aun tú me miras!
¡Te olvido y aun me quieres!
¡Tu nombre mancho y á ensalzarme aspiras!
¡Te escupo y no me hieres!

Señor, Señor, ante la rabia fiera
Me juzgo Dios y altivo me levanto:
Mas al verte sufrir mi alma altanera
Esclava tuya se deshace en llanto.

JOSE HUERTA.

PARTIDA DE UN ANGEL.

A la muerte de mi hijo Antonio.

Deja flor encantadora
Que yo tu perfume guarde
Dentro del alma que llora,
¡Por qué nacer con la tarde
Para morir con la aurora!
(El autor á la muerte de su madre.)

Sobre la azulada esfera
Al albor de la mañana
Pasó una nube ligera
Envuelta en cintas de grana
Su límpida cabellera.

Su altiva cabeza roja
En caprichoso desmayo
El sol en la nube arroja
Y entre sus pliegues deshoja
Una flor por cada rayo.

Ricas y hermosas guirnaldas
Su perfil van dibujando
De topacios y esmeraldas,
Y entre sus rubias espaldas
Los ángeles van cantando.

—¿Quién son esas almas bellas
Que entre nubes de arboles
Al cielo van sus querellas
Llevando por trono soles
Y por coronas estrellas?

Entonces dijo la nube
Con ronco acento profundo
Mientras revolando sube:
«Son los ángeles que al mundo
Hoy le han robado un querube.»

Alcé la vista ¡y fui viendo
El coro que á Dios buscaba
Las áureas alas batiendo,
Y en medio un niño riendo
En tanto que yo lloraba.

A. ALCALDE VALLADARES.

Madrid, Junio 18 de 1864.

LA HIJA DEL CORONEL DESPARD.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. ALEJANDRO BUCHACA Y FREIRE.

(Continuacion).

Cuatro horas antes de amanecer acudió Sergeant Best á la capilla con objeto de despedirse del coronel y darle su último adiós. Entonces Despard manifestó un vehementísimo

deseo de ver á Elena para darla su postrer abrazo y bendecirla. Sergent Best y el sacerdote trataron de disuadir á Despard de tal empeño, considerando el trastorno que causaría á la jóven el ver á su padre y á Francis en aquel lugar de desgracia, mayormente cuando, si bien sabía que la causa de los conspiradores estaba en mal estado, ignoraba todavía que hubiese recaído resolución definitiva. Pero Despard mostró tal inquietud por ver á su hija, que Sergent Best y el sacerdote se vieron obligados á ir personalmente á buscarla....

Llegaron á la casa, y como era á altas horas de la noche el criado se resistía á abrir la puerta, y á no haber conocido distintamente la voz de Sergent Best no lo hubiera verificado.

Elena se encontraba dormida en su cama soñando estar abrazando á su querido padre á quien el rey había dado libertad. ¿Mas cuál fue su sobresalto al oír que Juana la despertó llamándola por su nombre y diciéndola que se vistiera inmediatamente que Sergent Best y otro caballero la estaban aguardando?

¿Qué quieren de mí esos caballeros, preguntó asustada.

Juana, á quien los otros habían dicho cuanto ocurría, no pudo contestar de pena, y se salió del cuarto para prepararla un traje negro.

—Tomad, la dijo sollozando, poneos este vestido porque... vamos á... salir... y... la criada no pudo decir mas palabras.

Elena comprendió al instante que algun fatal incidente ocurría, se puso precipitadamente el vestido y bajó á la habitación en donde Sergent Best y el sacerdote aguardaban. Miró atentamente á Best y vió que éste tenía humedecidos los ojos y que el otro caballero era un sacerdote. ¡Dios mio, Dios mio! exclamó. Aquí vosotros, y á estas horas! Sin duda mi padre va á morir. ¡Cuán desgraciada soy! continuó anegada en llanto. ¡No puedo, no puedo con tanto dolor! ¡Y Francis, tal vez, le seguirá en su desgraciada suerte! ¡Dios mio, que va á ser de mí? ¿A dónde volveré mis mustios y lagrimosos ojos? ¡Por todas partes veo el luto y la amargura!

—Desventurada jóven, contestó el sacerdote, el Todopoderoso os envía estas penas para daros mayor recompensa en la otra vida. Vuestro padre va á morir, sí, pero le aguarda en el cielo un bien imperecedero que derramará sobre vos que os quedais en la tierra.

—¡Llevadme luego á ver á mi padre! ¡Llevadme!

Sergent Best la ofreció el brazo, Elena se apoyó en él, y ambos seguidos de Juana y el sacerdote salieron de la habitación para ir á la cárcel en un coche que estaba esperando á la puerta de la casa....

Temblando, llena de terror, apoyada de Sergent Best, seguida de su criada y precedida por el sacerdote, penetró Elena en la cárcel cruzando aquellos largos corredores cuyas negras paredes angustiaban mas su corazón á la par que contribuían á hacer resaltar mas su belleza. Su blanca y delicada téz, sus labios de rosa, y sus rubios y sedosos cabellos contrastaban admirablemente con todo cuanto allí la rodeaba. Sus ojos, que habían robado el limpio azul del cielo de oriente, se veían tristes y llenos de lágrimas, pero la hacían mas hermosa que una flor coronada de gotas de rocío abriendo su cáliz á las brisas de una mañana del mes de Mayo. ¿Mas cuál fue su espanto cuando al llegar á la fúnebre capilla vió á su buen padre atado con una fuerte sogá y vestido con el negro traje que le tenía que servir de mortaja?....

—¡¡Padre mio, padre mio!!! gritó arrojándose precipitadamente á sus brazos.

—¡¡Hija de mi corazón!!! contestó el coronel, estrechándola sobre su pecho.

—¿Qué infames son los hombres que te han condenado, tan injustamente! Y á vos también, dijo dirigiéndose á Francis.

—¡Elena, Elena! contestó éste, el cielo no

ha querido permitir que me viera dichoso en vuestros brazos.

—Hija mia, interrumpió Despard. Ya que vas á quedar completamente aislada, deja tu patria, vé á París en donde podrás vivir tranquila con mi hermana; dile de mi parte que muero sin haber cometido crimen alguno que pueda empañar el brillo de nuestro linaje, que soy víctima de la calumnia y del furor de mis enemigos, que cuide de tí, y tú obedécela como si fuera tu propia madre. Acordaos de mí en vuestras oraciones, que yo rogaré al Señor por vuestro bien. ¡Ahora, hija querida, acércate para que te dé el último abrazo!... ¡¡Ven á que te dé el último beso!!! ¡¡Oh, padre amado!!! contestó Elena volviendo como antes á arrojarle á sus brazos. ¿Qué haré yo sin tí?... ¡Yo quiero morir á tu lado!... ¡Que me maten á mí también, ya que mi vida no puede redimir la tuya!... ¡¡Ah... Ah... Ah!!!....

Los sacerdotes, los tres reos, el Lord Corregidor, su muger, Juana, Sergent Best y hasta dos centinelas que había en la puerta, tenían los ojos hanegados en llanto, de modo que aquella capilla se encontraba convertida en un verdadero valle de lágrimas.

Elena yacía desmayada en los brazos de su padre, y Despard, á pesar de su gran fortaleza, se había desmayado también.

Juan y Sergent Best, con objeto de poner fin á aquella dolorosa escena, tomaron á Elena en sus brazos, y ayudados de la muger del Lord Corregidor, la sacaron pálida y sin sentido de aquella lúgubre estancia.

Francis al ver que se la llevaban, con voz trémula y apagada exclamó.—¡Adios, Elena, adios... adios... para siempre!....

Mientras que Juana y Sergent Best se esforzaban en reanimar á Elena y la ayudaban á subir al coche para volverla á su casa, el Lord Corregidor y el sacerdote que asistía á Despard procuraban volver á éste de su desmayo aplicándole un pomito de éter á la nariz y frotándole las sienes con vinagre.

—¿En dónde estás, hija mia? dijo el coronel volviendo de su desmayo; no me dejes hasta que exhale el último suspiro....

—Tranquilizaos, coronel, le contestó el sacerdote, pensad en vos, en vuestra alma que pronto va á ver á Jesus, el mas tierno de los padres, y á María, la mas tierna de las madres.

—Pero mi hija se va á quedar sin mí que soy su apoyo. ¡¡¡Maldición mil veces á los que causan un desamparo!!! Y volviéndose á la imagen de Cristo, que había en el retablo de la capilla, continuó: Emplazo á esos tiranos ante vos y vuestro eterno padre.

El sacerdote con mucha dulzura le recordó que iba á morir y que todos somos juzgados en la otra vida segun nuestro arrepentimiento en los postrimeros instantes.

—Tened presente, le dijo, aquellas palabras del profeta Ezequiel que nos dicen: «Que cuando la segur corte el árbol por su pié el tronco permanecerá como haya caído.» Pensad que somos siervos de un Dios clemente que reprendió á los hijos del Zebedeo, porque á ejemplo de Elias querían hacer bajar fuego del cielo sobre una ciudad en que se les había negado el alojamiento; que ordenó á San Pedro que no se sirviera jamás de su espada; que rogó en el cadalso por los mismos que le crucificaban, y que murió, en fin, para redimirnos de nuestros pecados.

Despard no pudo menos de convencerse al oír las elocuentes razones del sacerdote, y contestó:—Sean, pues, perdonados por la pasión de Jesucristo nuestro Señor.

—Así sea, así sea, añadió el sacerdote. Y yo os bendigo por tan santo convencimiento.

Después de unos minutos de silencio, y ya un poco mas tranquilo, se entregó Despard á la mas fervorosa oración.

El Lord Corregidor y su esposa se reti-

raron despidiéndose de los reos de una manera tierna y compasiva.

La capilla parecía estar desierta: el silencio solo era levemente interrumpido de cuando en cuando por algun suspiro que se escapaba del pecho de alguno de los reos, ó por el paso de los centinelas que vigilaban.

Las horas parecían correr mas veloces: ya el sol principiaba á traspasar la espesa niebla que como fúnebre manto suele cubrir á la ciudad de Londres y se acercaba el momento de la ejecución....

Como la causa por que iba á ser castigado Despard y sus dos compañeros era eminentemente política, daba lugar á diversas opiniones. Unos los tenían por partidarios de Napoleon Bonaparte en combinacion con éste para turbar la paz de la Gran Bretaña: otros creían que la ambición de los conspiradores se concretaba únicamente á apoderarse del mando de la nación. Solo un pequeño número de gente sensata comprendía la idea de estos revolucionarios, víctimas de la intriga y de la calumnia. Eran, por consiguiente, el objeto principal de todas las conversaciones de Londres.

Al amanecer de aquel día se encontraba en frente de la cárcel una multitud de curiosos esperando ver salir á los reos, los balcones y ventanas de las casas por cuya calle debían pasar, estaban llenas de gente que se asomaban con impaciencia deseosa de ver un espectáculo que excita la curiosidad, oprime el corazón, lo endurece y luego cae completamente en el olvido sin que la sociedad logre otra cosa que aumentar el número de cadáveres y disminuir el de vivientes. Y cuando esta pena se impone por causas políticas se aumenta al paso el número de partidarios de aquella causa.

Soparon las ocho de la mañana y abrieron la puerta principal de la cárcel; un confuso rumor se oyó entre la muchedumbre que se apiñaba en derredor de la puerta, toda la gente tenía la vista dirigida hácia aquella parte y á los pocos minutos comparecieron á la vista los tres reos que iban á espirar en un cadalso.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO.



El mal estado de los caminos ha sido causa de que no pudiese marchar á Catarroja y Alcira nuestro dibujante el Sr. Bergon, para sacar la vista del aspecto que presenta las poblaciones inundadas, razon por la cual no hemos podido ilustrar el presente número con alguna de ellas.

En el número inmediato principia-remos á publicarlas, pues ha salido de esta capital dicho dibujante con este objeto.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.